



RODOLFO GARCÉS GUZMÁN

De la Mano con Gabriela

En su rostro sereno dominaba una tristeza infinita. Pómulos huesudos, boca de líneas duras, espesas las cejas, mentón breve de niña-vieja. Cabellos peinados hacia atrás. Actitud distante. Severa, a fe mía y, al mismo tiempo, dulce, cantarina al hablar, ora lenta, ya apresurada. Escucharla traía sensaciones de lejanía. Imponente estatua de ausencia sin lágrimas. Alma en paz y corazón encabritado. Vestida de negro, hombrunos los zapatos, leve la pisada.

Bajó lentamente las gradas, cuando salimos a la calle.

—(Deme su mano)

Obedecí, mientras Salvador Reyes, el gran novelista, le brindaba un brazo. Ya en la acera, soltó brevemente mi diestra, cambió de posición su mano y murmuró:

—Así... —al volver a retomar la mía.

El sol de mañana iluminaba las calles de Rapallo, cercanas al sector romántico de los pescadores. Caminamos en silencio. El contacto de su epidermis era suave, cálido, firme la presión de sus dedos algo helados. Me sentía incómodo, pero contento. Los transeúntes nos miraban; algunos movían, respetuosos la cabeza, en solemne saludo.

No dijo palabra, ni me atreví romper el silencio. De reojo, observé la sonrisa irónica de Salvador, quien advertía mi actitud, para él desconocida, del que de pronto se tragó la lengua. Fuimos y regresamos frente al mar transparente. En la puerta de su casa soltó mi mano para volver a tomarla.

—Gracias, hijo, por su visita. Le ruego llevar recuerdos al director, mi patrón don Joaquín Lepeley. Así lo había llamado, en un "Recado" a "El Mercurio" de Valparaíso. Sonrió apenas.

—(Dios los bendiga) —Y desapareció, en la puerta, como visión casi etérea. Soltó el aliento largamente contenido. Salvador rió con los ojos.

—No te enfades. No intenté burlarme de ti. (Sólo que nunca te vi tan comprometido)

—Fue su mano —intenté explicar, sin explicar nada— (qué sensación tan extraña, casi diría sobrenatural)

Ella era así. Curiosa, distinta.

—¿Sabes lo que pensaba, mientras íbamos unidos, piel a piel?

—Imagino...

—Es que no podrías. Invocaba alguna fuerza como la osmosis, por si algo del espíritu y talento de esa mujer, pudiera sacudir mis vísceras e iluminar mi mente.

—Estás loco ¿o no sabes que la inspiración, es simplemente, dolor? —murmuró, entre dientes, Salvador Reyes.

No me atreví a decirle, como tampoco a ella, que yo era el mismo muchacho que la había entrevistado, tiempo atrás, cuando fue a ver a mi director. De regreso en Chile, encontré, en Valparaíso, una escuela suya que conservo:

"Gracias mil, por aquel reportaje. Es lo más breve y más fino que un periodista haya escrito sobre mí Lucila".

Lucila y no Gabriela. Era la mujer con hálito de madre, la maestra generosa, enemiga de los envanecimientos que me ruborizaba el fuero interno.

El episodio, relatado alguna vez, oralmente, se ha cruzado en mis escritos sobre el Centenario de Lucila Godoy Alcayaga, nuestra maravillosa Gabriela Mistral en, este 7 de abril, día preciso del natalicio. Llevó el nombre de Chile por el planeta, cuando en 1946 la ungieron Premio Nobel de Literatura. En fusión inevitable se agolpan datos. Aquella recompensa, que recibió de manos del Rey Gustavo Adolfo de Suecia, tuvo un artificio: Enrique Gajardo Villarreal, a la sazón Embajador, El hijo que los ciegos y los sordos, que no paladeaban del todo su sintonía poética, se estremecieron,

emocionados, ante su lira; en la magia sobria de un idioma castizo, al que a menudo, pluma en mano, regaló nuevas palabras, por ella inventadas, idéronas, certeras.

Pienso, también, porque es de justicia, en aquel tribuno legendario, don Arturo Alessandri Palma, quien firmó la ley que, en 1935, dictó en favor de la excelencia, nombrándola cónsul vitalicio. Porque, en verdad, aquella que había sido reconocida y exaltada "Honoris Causa" por tantas universidades y recogida —digamos, mejor, acogida— en México, por Vasconcelos, había tenido que conocer, sino la ingratitud, la orfandad en su tierra natal, a pesar de sus triunfos y sus glorias creativas. Don Arturo, el inolvidable "León de Tarapacá", acogió, en aquel gesto, el clamor de un cable firmado por Maeterlinck, Unamuno, Romain Rolland, Duhamel, Ferrero y otras figuras de las letras. Pedían al Gobierno que se ocupara de ella. Las mujeres chilenas hicieron suyo el mensaje y expresaron: "Gabriela Mistral es la hermana que nos ha enaltecido" y "en sus 'Canciones de Cuna', nuestra ternura arrulla, con el acento de esa mujer, a nuestros hijos". Y, podría agregarse. Sufró la pena infinita del amor contrariado: "El pasó con otra; /yo le vi pasar. /Siempre dulce el viento /y el camino en paz. /Y estos ojos míseros /se vieron pasar..."

No hay que olvidar, por su significado, que don Pedro Aguirre Cerda la promovió de maestra normal, profesión juvenil surgida de su vocación temprana, casi en la niñez, a profesora de Liceo, desde donde ascendió a directora, con destino en varias zonas del país.

Las ingratitudes y olvidos iniciales terminaron de ser reparados, cuando algo tarde en relación al Nobel, le fue otorgado, en 1961, el Premio Nacional de Literatura. Por cierto que el jurado, distinguido —y célebre— estaba compuesto por personeros de jerarquía: Juvenal Hernández, Rector de la Universidad de Chile; David Cruz Ocampo, por la Sociedad de Escritores y Juan Guzmán Cruzchaga, por el Ministerio de Educación.

¿Y de la obra qué, me pregunto, preocupado, mientras la cuartilla se acaba? Pero si está en todas las memorias y en todos los corazones! Citemos, para los que, didácticos, anotan: "Desolación", Nueva York, 1922; "Tala", Buenos Aires, 1938; "Lagar", Santiago, 1954; "Recados: Contado a Chile", Santiago, 1967. Y las reediciones, las traducciones —buenas y malas—, la multiplicadora presencia en las antologías. En todas canta la mujer, el sentimiento angustiado, las ternuras, la frustración de no ser madre y sentirse regado de todas las criaturas. "Un hijo, un hijo, un hijo! /Yo quise un hijo suyo /allá en el éxtasis ardiente /en el que hasta mis huesos; enterneció su arrullo /y en inmenso esplendor creció /sobre mí frente..."

No vos ríes en acentos plañó y dio "muchas lecciones sobre el trato a las almas infantiles y los dedos de ángel con que se debe tocarlas". Era su destino, sin embargo, errar, porque la celebridad y el clamor de quienes querían verla, compitió, siempre, con esa sed de soledad que embargó, sin ella quererla, la infinidad de su ser. Y por eso, tal vez, cerró sus ojos para siempre en el Hospital Hempted de Nueva York, el 10 de enero de 1967. Viva, sin embargo, en su obra y grandiosa; humilde en su actitud. Apagado, libertario y bravo el fuego de su pensamiento.

"Del nicho helado donde los hombres te pusieron, /te bajaré a la tierra humilde y soledad...". Como rean los dos primeros versos de los "Sonetos de la Muerte", que abrieron su tránsito hacia la inmortalidad.

De la mano de Gabriela Mistral [artículo] Rodolfo Garcés Guzmán.

Libros y documentos

AUTORÍA

Garcés Guzmán, Rodolfo, 1921-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

De la mano de Gabriela Mistral [artículo] Rodolfo Garcés Guzmán.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile